

Yolanda Artencibia

*Fiestas en honor de
Nuestra Señora del Rosario
(Barrio de Vegueta)*

Pregón

*Las Palmas de Gran Canaria Septiembre de
1999*

Hubo un tiempo en que todo se solucionaba con tómbolas. Todo el mundo compraba motes en esas tómbolas, con la ilusión de sacarse una bastonera o un portacepillos de esos de cartón forrados de raso, habilidosa obra de Pinito o de Mariquita.

La tómbola es el lugar donde se refugian todas las cosas cursis que guardamos en casa. Recordamos que una vez nuestra madre, queriendo deshacerse de una ridícula pantalla de velón que nos habían regalado, la envió a la tómbola. Luego, nosotros compramos un billete y nos tocó en suerte la pantalla. Era el destino, que también se mete en las tómbolas.

Pero hemos de convenir en que nada más que por lo que anuncia, la tómbola es un símbolo de alegría.

Esta tómbola de ahora, es para preparar las fiestas del Rosario. Las fiestas del Rosario tienen todo un encanto de niñez. Volveremos a ver los cohetes en la vieja plaza y a aquel santo tan amable que llevaba una casita en la mano.

Un tercer amigo de ayer va a cerrar nuestra relación. De entre los vecinos ilustres de este barrio, cuenta entre los más destacados y más sabios. También entre los que más lo amó. Nos referimos a Joaquín Blanco Montesdeoca, catedrático de Literatura y Archivero, cuyo último destino fue el Archivo Municipal de la Plaza de Santa Ana, al que honra hoy con su nombre. Vivió aquí cerca, en una de las esquinas de la plaza.

El testimonio de Joaquín Blanco puede resultar más efímero porque no lo plasmó en dibujo ni en texto literario, sino que lo desgranó en palabras: palabras las suyas, siempre despaciosas, morosas, discursivas y puntillosas, que rememoro hoy desgranadas bajo lo árboles de esta plaza desde el sencillo estrado de uno de sus bancos de piedra, junto a la fuente. Hace muchos años ya. Pero no olvidaremos nunca -y queremos dejar constancia de ello hoy, aquí en su parroquia- el amor de Joaquín Blanco por este entorno y lo bien que conocía su historia y sus esencias; un amor que supo descubrir a esta pregonera cuando ella sólo era una estudiante interesada por estos lugares y que apenas conocía de ellos poco más que la curiosidad amena y festiva de los días "del cordón de San Blas", cuya conmemoración vivió con ojos asombrados, pegadita a las faldas de la madre. Y que nunca pudo imaginar que iba a tener la ocasión de recordarlo en ocasión tan importante como esta de hoy, y en este templo lleno de devoción, de historia y de belleza.

*

Por tanto, cuando rompen el aire los cohetes, resuenan las tracas y estallan los voladores inundando de olor a pólvora y a fiesta las calles del barrio; cuando las plazas, las calles y las gentes preparan sus mejores galas para condimentar con el sabor de lo nuevo la rememoranza de las celebraciones gozosas; cuando la Virgen del Rosario ve refulgir de modo singular su capilla y su trono y se siente más que nunca centro sustancial de su barrio; cuando Ella contempla complacida cómo se le acercan caras nuevas sonrientes de fervor junto a sus feligreses incondicionales de siempre; cuando todo el barrio respira aires de fiesta, aquí he venido yo, vecina del barrio de Triana -ahí

al lado- sintiéndome hoy una vegetera más, para sumarme de todo corazón a las fiestas. Y para sumarme interpretando el honroso papel de pregonera; un papel que he aceptado no sin preocupación para corresponder a la honrosa y gentil invitación que se me hizo y sustancialmente comprometida -como ya indiqué- por razones de amor a nuestra tierra, a nuestras tradiciones y a nuestra cultura.

De este modo, y cumpliendo mi cometido hasta el final, pregonero en voz alta algo que me gustaría llegara hasta el último rincón de nuestras islas: Se celebran las fiestas del Rosario, en pleno corazón de Vegueta; en la Iglesia de Santo Domingo, en el centro tradicional de nuestra canariedad y de nuestra españolidad. ¡Todos a respirar tradición y cultura! ¡Todos a visitar Santo Domingo! ¡Todos a honrar a la Virgen y todos a gozar de las fiestas! ¡Vivan las fiestas; y viva Nuestra Señora la Virgen del Rosario!.

Verlinda Arucibin
Septiembre de 1955